

Otra vez, tierra adentro, mar en fuera...¹

Again, land in, sea out...

Antonio García de León

Quisiera abordar esta presentación sobre tres ejes que creo que se desprenden del libro: el problema de la larga duración, la cuestión de las fuentes y la construcción narrativa.

El tiempo largo

Como primer punto debo decir que abordar un periodo largo no representaba para mí algo ajeno, pues lo había hecho antes con la historia de Chiapas en mi tesis de doctorado, donde ya me había arriesgado a armar un retablo de varios siglos, aunque contando entonces con el apoyo de las certezas que nos daba el marxismo; en donde el problema de las fuentes y las

periodizaciones lo podías resolver con citas de los clásicos y con una intencionalidad y un sentido acorde a aquellos años, en este caso el de la resistencia indígena (encarnación local de la “lucha de clases”) y que usé como *leit motiv* de ese trabajo o como “motor” de esa historia regional: una “provincia de Chiapas” que era más una construcción metodológica que una realidad administrativa colonial. Producto de un doctorado en Francia, ese libro reflejaba la discusión que se daba entonces allá acerca de la *larga duración* y su entrelazamiento con el problema de “las mentalidades”. La larga duración no vista como una sucesión de tiempo largo en un solo lugar, sino como un conjunto de procesos en el que la formación de las mentalidades en su interior ayuda a visualizarlos en el largo plazo, tal y como lo proponía F. Braudel. Y allí se

¹ Antonio García de León “Tierra adentro, mar afuera” Ed. FCE, 2011. México. Texto leído en el Colegio de México el 5 marzo 2012

prefiguraba también esa idea de que las regiones están conectadas con el ancho mundo de mil maneras y de que no se explican sin contextos geohistóricos más amplios, como en ese caso, la Capitanía General de Guatemala, la Centroamérica colonial, conjunto mayor que explica mejor Chiapas que su adscripción posterior a la nación mexicana...

Las fuentes brotantes

Ahora, la historia de Veracruz, por su parte, ha sido para mí una permanente obsesión desde la década de los sesentas, cuando me dedicaba apasionadamente a recoger datos, indicios, crónicas y documentos, en un reconocimiento puntual de los pueblos a Sotavento, desde la cuenca del Papaloapan hasta la Chontalpa tabasqueña: mapeando lenguas, dialectos, creencias religiosas y míticas,

etnografía de la producción agrícola, ganadera y pesquera, peregrinaciones a centros numinosos y santuarios, identidades étnicas y regionales, músicas, tradiciones poéticas de largo aliento, recuerdos familiares y un largo etcétera. Era un recorrido a ras de tierra que lo había hecho documentando diferencias microrregionales y experiencias de vida, y que me llevó a recalar por un tiempo más largo en Pajapan, un pueblo de la sierra de Sotapan, en donde viví y aprendí la lengua nahua en la convivencia cotidiana: un pueblo lleno de pasados reiterados y de presencias inexplicables. Esta indagatoria partía de la nostalgia de que mucho de la infancia vivida en un pueblo del sur de Veracruz se perdía rápidamente en el huracán de la industrialización y en el abandono de una vida rural, de un mundo alucinado que se desencantaba rápida-

mente al concluir la década de los sesentas, y del que había que rescatar aquello como si fueran los fragmentos de un naufragio. Así y en un momento dado se me hizo claro que esto conformaba en sí mismo una historia que había que contar...

Y para contarla, había que profundizar en su historia anterior, tratando de que el pasado explicara las ruinas de aquel presente. Había que pasar de un simple inventario enumerativo y "ético" a una explicación estructural y "émica". Tirar una red barredera hacia el pasado para saber cómo se habían formado estos pueblos y regiones, cómo habían consolidado un mercado interno, una abigarrada red de experiencias comerciales y familiares, que les había permitido afianzar un territorio determinado con características particulares. Había, en suma, que abandonar los caminos de tierra y

empezar a caminar por los pasillos de los archivos documentales.

En consecuencia, al juntar documentos de varias colecciones vimos crecer una aldea desde las arenas de una playa inhóspita de tiempos de la conquista hasta la ciudad borbónica que resultó ser Veracruz hacia principios del XIX; armando un guión que nos llevaba a acomodar todas esas referencias de archivo en un relato lo más coherente posible, centrado ahora en el tráfico mercantil del puerto de Veracruz. Así fue como se nos creció aquel eje como puerto y la costa de Sotavento, al sur, como un *hinterland* de reservas productivas y culturales que de alguna manera lo explican.

Pero... ¿Cómo organizar unas seis mil referencias de archivo sin naufragar? Había pues que navegar en un mar de documentos de todo tipo, tratar de rastrear en ellos todas y cada

una de las circunstancias que tuvieran un valor intrínseco, hasta llegar a la esencia del puerto y sus regiones: abarcando la simultaneidad del tiempo en cada uno de los escenarios posibles. Eso permitió que poco a poco, esta información fuera franqueada y entrara en el lugar adecuado, enriqueciendo un relato razonablemente vinculado y de larga duración.

Algunos resultados

El resultado de todo este trabajo me permitió encontrar crecientemente una lógica general al trabajo. Y es que al reconstruir vas creando plataformas que te sirven cuando los datos que aparecen reiteran una y otra vez alguna hipótesis inicial... Por ejemplo, he trabajado el XVIII colocando los acontecimientos sobre un mejor conocimiento de las nuevas hegemonías que surgen al fin de la guerra de

sucesión, en particular un siglo dominado económica e ideológicamente por los ingleses y que se refleja claramente en Veracruz y su comercio, con evidente presencia en la guerra de independencia...

Hay asimismo en el texto un interés de hacer historia económica yendo más allá de las series y los datos duros. La secuencia de la Real Caja de Veracruz a lo largo de tres siglos habla mucho de un desarrollo semisecular y refleja más o menos el curso de acontecimientos regionales; como la frecuencia de las flotas o las revueltas cimarronas, el traslado de ganados, el monto de las mercedes, los diezmos y los tributos. El haber trabajado las redes comerciales, y con más detalle a los portugueses en la época de unión de las dos coronas, me dio pistas insustituibles y el acceso a una documentación

riquísima que apenas toqué como de soslayo. Así, las verdades que me invento pueden ser corroboradas por los documentos (mejor, si llevan cifras), documentos que a su vez ya traen en sí mucho de invención y de miradas sesgadas por el interés o por el poder de quienes los producen. Es por eso que cada quien puede darles lecturas diferentes.

Y es que en toda esta reconstrucción he utilizado además un recurso narrativo para agilizar el texto: insertar lo que llamo “viñetas”, fragmentos más sueltos y literarios que no sólo sirven para templar el contenido sino, primordialmente, para concentrar momentos, climas, espíritus de época y mentalidades, y sobre todo, para atraer esta historia al tiempo presente. Algo que sólo la literatura te permite expresar, porque dispone de más códigos y más niveles de

codificación que el discurso supuestamente acotado a lo “científico”. O bien, que la imaginación histórica no fuera algo simplemente ornamental, sino un intento de mostrar estructuras más profundas. Así y por ejemplo, todo el proceso de la expansión ganadera y de las relaciones de producción en las haciendas del XVII se concentran bastante bien en un conjunto de creencias y relatos actuales, como “el toro de los cuernos de oro”, en el imaginario sobre el ganado y su campo mágico, que, por lo demás, también está documentado ya desde el XVII en algunos procesos inquisitoriales contra vaqueros y dueños de estancias. Como decía Collingwood, “es testimonio histórico todo lo que puedas usar como testimonio histórico”.

Y como la variedad de temas te abre puertas que a veces traspones y a veces no, la posibilidad de armar historias

resulta infinita. Cuántos relatos son entonces posibles... y cuántas maneras de contarlos: y qué poca necesidad de inventar cuando se reconoce que muchas de las mejores historias no las ha inventado nadie, están allí en los archivos y la historia oral; y que lo que hace falta no es urdir un argumento metodológico para imponerlo, como una armazón sobre el aparente desorden de los hechos reales, sino encontrar en cada momento el tono narrativo justo para exponerlo, o el “efecto de vida” necesario a cada situación. Aquí, el pasado sólo existe como el espesor necesario que se da cada presente, o la forma como cada presente se inventa la profundidad de un origen, o de cómo se garantiza y se *autoriza* en lo que llamamos historia. Y por otro lado, puede que la historia sea un género literario

pero no puede ser sólo literatura o simple relato de ficción. Por eso es que había que sacar partido de los documentos, las huellas y los testimonios: algo que fuera operativo y que pudiera reconstruir de manera efectiva una realidad de la que pudiéramos extraer un saber positivo, una interpretación...

Resumiendo, creo que puedo decir que después de este texto, ya me siento bastante a gusto en la época colonial; porque encuentro en ella, en forma de documentos y huellas, suficientes puntos de apoyo como para no tener demasiado vértigo; pero también porque, llegado a cierto umbral, esos documentos no eran tantos que me impidieran abarcarlos a todos de una sola mirada. Se trataba de inventar, pero eso sí, sobre los cimientos más firmes posibles.